

solidar su nueva organizacion y que entonces debiera estar la Francia mejor preparada que esta vez para aprovechar la coyuntura; sobre todo si los Estados del Mediodía de Alemania llegaran á ser al cabo de algunos años la manzana de discordia ú ofrecieran materia para una compensacion, la Francia se hallaria en situacion de fijar el precio de su alianza que mas le conviniera. La emperatriz no participó de este modo de ver: queria pedir mucho ó nada para no comprometer pretensiones futuras; mas para pedir mucho era menester poder apoyarse en grandes resultados, y no pedir nada seria excitar la opinion pública y exacerbarla, por todo lo cual lo mas acertado era por lo pronto una ganancia á cuenta por via de preparativo para el porvenir, especialmente los medios para adquirir los fusiles necesarios del sistema Chassepot (1).

Cuando se escribió esta carta se habia decidido ya el asunto en Vichy en el sentido de la emperatriz, y se habia dado encargo á Benedetti por telégrafo de presentar en Berlin para su aceptacion un tratado secreto, segun el cual se cederia á la Francia no solamente Saarbruck y Saarlouis sino tambien todo el Palatinado bávaro, el territorio de Hesse á la izquierda del Rhin, incluyendo tambien Maguncia, y quedaria el Luxemburgo excluido de la confederacion alemana y libre de guarnicion prusiana. El embajador de Francia, antes de presentar estas exigencias, titubeó porque se acordaba de que Bismarck le habia dicho ya antes de la guerra que antes de ceder á Maguncia preferiria dar su dimision. Pidió, pues, permiso á Drouyn de Lhuys para pasar á Paris antes de presentar esta exigencia, pero se le mandó por telégrafo el 4 de agosto que primero hiciera la comunicacion al ministro prusiano y que hecha ésta, podria ir á Paris. En su consecuencia envió Benedetti á Bismarck por la mañana del 5 de agosto el proyecto de tratado, y despues tuvo con el ministro una conferencia, en la cual insistió en la pretension francesa con tanta energía como la que Bismarck empleó para rechazarla. Este último observó que semejante exigencia significaba la guerra y que el embajador haria bien en pasar á Paris para evitar semejante resultado. A esto contestó Benedetti que lo haria, por supuesto, pero que no podia aconsejar ni al mismo emperador retroceder porque esto pondria en peligro la dinastía, á lo cual contestó Bismarck que entonces observara á lo menos al emperador que segun las circunstancias podria tomar la guerra un carácter revolucionario, y que en este caso las dinastías alemanas se hallarian en mejor situacion que Napoleon para afrontar peligros de este género (2). Al emprender despues Benedetti su viaje á Paris, no le cupo ninguna duda de la extrema gravedad de la situacion. El señor de Kendell le habia dicho rotundamente que si la Francia insistia en sus exigencias, se tendria la guerra antes de quince dias. Además habia sido llamado á Berlin el general Manteuffel el día 5 por la noche y despues de haber conferenciado con el rey y con Bismarck habia partido el día 7 para San Petersburgo. El presidente del consejo de ministros de Prusia aseguró que solo se trataba de calmar el disgusto de la corte de Rusia por haber fracasado su proposicion del congreso, pero tambien dijo que no podia responder de que el rey no hubiese dado tambien al citado general conocimiento de las pretensiones de Francia, lo cual hizo sospechar á Benedetti que en la mision citada se trataba de una tentativa de atraer á la Rusia á favor de la Prusia para el caso de una guerra.

(1) *Papiers secrets*, pág. 401.

(2) Véase el *Reichsanzeiger* del 21 de octubre de 1871, sobre los papeles encontrados durante la guerra en Cercey.

En esta situacion, las noticias verbales que Benedetti comunicó al emperador el 10 de agosto, en Paris, adonde habia vuelto Napoleon considerablemente mejorado en su salud, contribuyeron á robustecer la corriente pacífica. Por otra parte Bismarck, valiéndose de Vilbort, corresponsal del *Siecle* en Berlin, procuró que se hiciera público el secreto de las pretensiones francesas, lo cual dió lugar á tan vivas protestas en Alemania, que Napoleon se convenció de que por el camino emprendido solo podia conseguir su objeto por medio de la guerra. Sin embargo, para semejante empresa se hallaba tan poco dispuesto como antes, y para salir del compromiso echó toda la culpa á Drouyn y renunció al tratado secreto, dando orden á Lavalette, como ministro del Interior, de negar decididamente todo fundamento á las voces que corrian respecto de este tratado. En su carta al ministro decia el emperador con este motivo: «El verdadero interés de la Francia no consiste en recibir un aumento territorial insignificante, sino en ayudar á la Alemania á constituirse conforme convenga mas á los intereses de la Francia y de Europa (3).»

Drouyn de Lhuys no tuvo mas remedio que dar su dimision como lo hizo el mismo 12 de agosto; pero el emperador no la aceptó de seguida, porque todavia se lisonjeaba con la esperanza de conseguir por otro camino sus deseos de engrandecimiento territorial. Cuando Benedetti hubo vuelto á Berlin y retirado oficialmente el proyecto de tratado del 5 de agosto, recibió nuevas instrucciones con fecha 16, que segun aseguran autores franceses (Rothan, 1866, pág. 378 y siguientes) fueron redactadas de acuerdo con el embajador prusiano Goltz. Estas instrucciones encargaban á Benedetti entrar en negociaciones amistosas y confidenciales, escalonadas en tres grupos. En primer lugar debia pedir la cesion de Landau, Saarbruck, Saarlouis y Luxemburgo, por un convenio público, y además un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva que asegurase á la Francia la adquisicion de la Bélgica. En caso de no ser esto factible, debia desistir en segundo término de la cesion de Landau, Saarbruck y Saarlouis, y finalmente en tercer lugar, y á fin de debilitar la resistencia de Inglaterra, debia acceder á la transformacion de Amberes en ciudad libre, sin consentir de ninguna manera en que esta ciudad fuese agregada á la Holanda ni la ciudad de Maestricht á la Prusia, debiendo la Prusia prometer en todo caso su auxilio, sin exceptuar el armado, para la conquista de la Bélgica (4).

Ninguna duda cabe de que con estas condiciones se creyó Napoleon colocado en un terreno que Bismarck habia recomendado repetidas veces. Las relaciones de Benedetti podrán tener inexactitudes, pero de todos modos informó en Paris en términos que el gobierno francés habia de creer que la Prusia no opondria obstáculos, sino mas bien daria facilidades al engrandecimiento de la Francia por medio de territorios no alemanes. Claro es que el emperador deseaba conseguir algunos jirones de territorio aleman, aunque no fuese

(3) Benedetti: *Ma mission*, pág. 182. La carta del emperador fué publicada ya en 1867 por un periódico inglés. Drouyn, que solo por este periódico tuvo noticia de la carta, protestó en una que escribió el 12 de octubre á Napoleon, haciendo constar que las instrucciones que habia enviado en aquel asunto á Benedetti habian sido leídas, corregidas y aprobadas por Napoleon mismo. Despues de la caída del imperio, hizo publicar esta carta y otros documentos para su justificacion en el folleto de P. Pradier Fodere, *Documents pour l'histoire contemporaine*. No puede, pues, dudarse de la aprobacion dada por Napoleon á las disposiciones tomadas por Drouyn; solo hay que tener presente que el estado del emperador era entonces tal que Drouyn despues de una conversacion con él, exclamó: «¡No puedo ya hablar con él!» Rothan, 1866, pág. 374.

(4) Segun los papeles de Cercey. Véase el *Reichsanzeiger* del 21 de octubre de 1871.

sino por la buena impresion que esto habia de producir en Francia, pero no se creyó seguro en este punto, por lo cual no insistió en la cesion de Landau y de las ciudades del Saar. Benedetti, cuyas explicaciones verbales habian influido seguramente en estas nuevas instrucciones, se atuvo á ellas, y en 20 de agosto comunicó á Bismarck las exigencias del primer grupo. El presidente del ministerio prusiano no admitió cesiones de territorio aleman, pero entró en discusion sobre la proposicion, y segun dijo Benedetti en 1870, indujo á éste á formular sus proposiciones «como quien dice bajo el dictado de Bismarck.» Benedetti dice que de este proyecto dió una copia á Bismarck para que lo comunicara al rey, lo cual ha quedado completamente refutado por los papeles de Rouher, encontrados por los prusianos en 1870 en Cercey, y entre los cuales se encontraron la relacion de Benedetti sobre la conversacion tenida el 12 de agosto y el proyecto que quiso enviar á Bismarck, con las observaciones marginales del emperador Napoleon, que le dieron la forma en la cual Benedetti lo envió al ministro prusiano. Esto refuta completamente la fábula de haberlo dictado este último, lo cual no impide que Benedetti hubiese estado convencido de que Bismarck, que procuraba no destruir las ilusiones de los diplomáticos franceses, estuviese conforme con la anexion del Luxemburgo y de la Bélgica. En Paris hizo su relacion del 23 de agosto una impresion muy favorable y solo se reservaron allí meditar mas algunos puntos. Se creyó que el rey de Holanda seria indemnizado con territorio prusiano por la cesion del Luxemburgo; que se arrasarían las fortificaciones de Landau y Saarbruck «por consideracion á la Francia;» que las fortalezas federales pasarian á poder de los Estados en cuyos terrenos se hallaban, etc. Esta última exigencia encargó Napoleon á Rouher especialmente en una carta del 26 de agosto encontrada en los papeles de las Tullerías, recomendándole en ella su plan favorito de que la Prusia se anexionara la Sajonia, cediendo al rey de Sajonia en cambio las provincias católicas del Rhin, cuya idea fué efectivamente propuesta oficiosamente al gobierno prusiano por el periodista dinamarqués Hansen, empleado frecuentemente en misiones confidenciales; pero fué rechazada en términos perentorios por Kendell, que entonces representaba á Bismarck (1). El borrador de Benedetti fué la base de las negociaciones oficiales, «con algunas pequeñas modificaciones,» segun decia el emperador en su carta. Segun este borrador, la Francia reconocia las anexiones prusianas (art. 1.º) y prometia (art. 3.º) no oponerse á la union federal del Mediodía con la Alemania del Norte, en cambio de lo cual la Prusia se obligaba á facilitar á la Francia la adquisicion del Luxemburgo (art. 2.º) y á prestar su auxilio armado para la conquista de la Bélgica (art. 4.º). Para conseguir estos fines debia existir entre ambos países una alianza ofensiva y defensiva (art. 5.º) (2).

Apenas se llegó á conferenciar seriamente sobre este proyecto. En 29 de agosto hizo saber Benedetti que Bismarck titubeaba y que manifestaba la sospecha de que Napoleon se valiera de estas negociaciones para sembrar la desconfianza entre la Prusia y la Inglaterra. El embajador francés empezó á temer que la mision de Manteuffel en San Petersburgo tuviese un resultado que hiciera inútil para la Prusia contar por mas tiempo con la amistad de la Francia. Consideraba que la Prusia necesitaba la alianza de una gran potencia, conforme habia dicho Bismarck anteriormente, y si á la sazón no queria contraerla con la Francia, era probablemente

(1) Rothan, 1866, pág. 362.

(2) Si Bismarck en su circular del 29 de julio de 1870 colocó esta proposicion en el año 1867, despues de la cuestion del Luxemburgo, fué éste un error que posteriormente fué confesado tácitamente.

porque se habia asegurado ya de la adhesion en otra parte. Para aguardar aclaraciones sobre este punto solicitó Benedetti licencia por quince dias que queria pasar en Carlsbad, durante cuyo tiempo debian suspenderse las negociaciones. Napoleon accedió á darle esta licencia con tanta mayor facilidad, cuanto que ocurría entonces en su ministerio de Negocios extranjeros una especie de interregno. La dimision de Drouyn fué publicada en 2 de setiembre, y su sucesor Moustier, entonces embajador en Constantinopla, no se apresuró á tomar posesion de su nuevo destino, por cuya razon fué confiada la direccion del ministerio interinamente á Lavalette, ministro del Interior, el cual se encargó de ensalzar en una circular (fechada en 16 de setiembre) el carácter pacífico y elevado de la política francesa. En este documento confesaba el gobierno que la opinion pública de Francia se hallaba excitada y oscilaba indecisa é insegura entre la alegría por la abolicion de los tratados de 1815 y el temor del aumento del poder prusiano. El gobierno francés estaba convencido, decia el ministro, de que la Francia habia salido gananciosa con los cambios realizados en los últimos meses; que hasta entonces habia estado oprimida la Francia por el poder unido de Austria, de Prusia y de la confederacion germánica que juntas representaban 80 millones de habitantes, y que además habia existido una antigua alianza entre la Rusia y las potencias alemanas. Esta coalicion de las tres cortes del Norte habia quedado destruida y el principio que en adelante regiria en Europa seria la libertad de las alianzas. En la nueva organizacion de Alemania no habia nada que pudiera hacer sombra á la Francia, sino que por lo contrario, hallándose satisfecho el sentimiento nacional, desapareceria la antigua hostilidad contra la nacion francesa. En Italia habia surgido una nueva potencia que á pesar de injusticias pasajeras y de sensibilidades irreflexivas, se uniria á la nacion que con su sangre la habia ayudado á conquistar su independencia. Por lo demás, la Francia tenia con la Argetia cerca de 40 millones de habitantes, la Alemania solamente 37, de los cuales 8 correspondian á los Estados del Mediodía, el Austria 35 millones y la Italia 26, y esta reparticion de fuerzas no ofrecia nada que pudiese inquietar á la Francia. Un poder irresistible empujaba á los pueblos á reunirse en grandes Estados, y la política debia elevarse sobre las preocupaciones mezquinas de otras épocas. El emperador no creía que la fuerza de la Francia se fundara en la debilidad de sus vecinos, pues para él el verdadero equilibrio consistia en que los pueblos vieran sus deseos satisfechos. Un aumento de territorio era solo admisible cuando con él se unieran con la patria pueblos que tenian iguales costumbres é igual sentimiento nacional. Por esto habia procurado el emperador el restablecimiento de las fronteras naturales apelando al libre voto de los habitantes de la Saboya y de Niza. La Francia solo deseaba aquellos engrandecimientos que no debilitaran su fuerte cohesion interior; que el país trabajara en su engrandecimiento moral y político sirviendo á los grandes intereses de la civilizacion; que perfeccionara sin demora su organizacion militar para defender su territorio, y que la nacion no eludiera este deber, que no era una amenaza para nadie. En general el horizonte aparecia libre de peligros inminentes, y la paz, que descansaba sobre tales bases como las que se acababan de crear, prometia ser duradera.

Las últimas disposiciones de esta circular indicaban claramente para los pocos iniciados la reserva de la anexion de Bélgica y del Luxemburgo, y la mencion del perfeccionamiento de la organizacion militar significaba para las personas perspicaces que se trataba de otras intenciones, además de la mera defensa del territorio. En general, afirmaba este do-

cumento la aprobacion de la Francia á la nueva situacion y se esforzaba por hacerla aceptable á la opinion pública. Si esto no se lograra completamente, podia contarse con aplacar hasta cierto grado la excitacion; y si ulteriores negociaciones con la Prusia condujeran á la anexion de la Bélgica, se podia contar con la aprobacion entusiasta del fanatismo patriótico, satisfecho hasta mas allá de lo que esperaba el pueblo francés. Por supuesto que en las Tullerías se ignoraba que la Prusia habia firmado entretanto con los gobiernos del Mediodía de Alemania, además del tratado de paz, alianzas ofensivas y defensivas secretas, y se atribuían las condiciones generosas que la Prusia habia impuesto á la Baviera, al Wurtemberg, á Baden y á Hesse, á la intercesion de la Francia, practicada por Drouyn de Lhuys en el último momento á instancias del ministro bávaro Pforten. Así no chocó á nadie que Benedetti á su vuelta á Berlin no pudiera continuar las negociaciones, porque Bismarck habia pasado entretanto á Varzin, donde estuvo mas de tres meses antes de regresar á la capital, y durante todo este tiempo no se habló ya del convenio relativo á la Bélgica y al Luxemburgo.

Durante este tiempo (el 21 de noviembre) se recibió en Paris, enviada por Rothan, cónsul general francés en Frankfurt, la primera noticia, aunque todavía bastante vaga, de los tratados ofensivos y defensivos de la Prusia con los Estados de la Alemania del Mediodía (1). Esta noticia produjo una excitacion grandísima; pero el gobierno se tranquilizó porque Benedetti dudaba de su autenticidad, y por otra parte justamente entonces el gabinete de Berlin dió algunos pasos que indicaban su deseo de vivir en buena inteligencia con la Francia. Benedetti recibió la orden del Aguila Negra, y el embajador prusiano en Roma, Arnim, que habia ofrecido al Papa un asilo, fué completamente desautorizado por Bismarck y su ofrecimiento fué atribuido á las insinuaciones injustificadas de Savigny, su cuñado.

Cuando Benedetti á principios de diciembre volvió á tocar el asunto de la anexion, Bismarck se mostró muy frio y dijo que no habia podido hablar con el rey sobre este asunto y que el príncipe heredero se habia pronunciado contra una alianza con Francia «porque esta disgustaria al gobierno de su suegra (2)». El disgusto que causaron estas noticias en las Tullerías fué aumentado por las noticias que enviaba el coronel Stoffel, encargado militar de Francia en Berlin, respecto de la organizacion del ejército de la Alemania del Norte, y tambien por la negativa de Bismarck de tomar parte en un convenio europeo que garantizase los Estados de la Iglesia, con cuya garantía Napoleon deseaba asegurar el tratado de setiembre.

Todo esto hizo sentir á Napoleon la urgente necesidad de aumentar la fuerza armada de Francia para poder entrar en lucha con la Prusia; pero no le fué posible vencer la resistencia del cuerpo legislativo, y el conocimiento de su debilidad militar le obligó á no irritar á su adversario. No menos fuerte era la presion que ejercía sobre su ánimo el temor á la opinion pública. Por lo mismo, cuanto mas se acercaba la apertura de la legislatura de 1867, tanto mas deseaba dejar por lo menos arreglada la cuestion del Luxemburgo. A principios de enero dió orden á Rouher de volver á tocar este asunto con el embajador prusiano Goltz y de encargar á Benedetti que lo suscitara de nuevo en Berlin; pero el resultado fué poco satisfactorio. El rey, dijo Bismarck al embajador francés, no se creía con derecho á abandonar el Luxemburgo, que sus tropas ocupaban en virtud de tratados europeos, y á lo mas podria hacerle vacilar en su modo de pensar el deseo

(1) Rothan: *L'affaire du Luxembourg*, pág. 73.

(2) Rothan: *L'affaire du Luxembourg*, pág. 93.

claramente manifestado por la poblacion; de manera que la Francia podria tratar de que se hiciesen semejantes manifestaciones en Luxemburgo, y si los ciudadanos, por ejemplo, desearan que las fortificaciones de la ciudad se arrasaran, podria esto acaso inducir al rey á retirar su guarnicion (3). Napoleon rechazó esta proposicion con disgusto, porque si solo podia adquirir á Luxemburgo como ciudad abierta, perdía en el concepto de los franceses la mitad de su valor. El disgusto del emperador se aumentó al notar que Bismarck prescindia enteramente de la anexion de Bélgica y de la alianza ofensiva y defensiva; y cuando se supo que el príncipe heredero de Bélgica iba á casarse con la princesa María de Hohenzollern, no pudo ya conservarse ninguna duda de que la esperanza de adquirir la Bélgica con el consentimiento de la Prusia era pura ilusion. Benedetti aconsejó, no obstante, no renunciar á la anexion del Luxemburgo y escribió el 8 de febrero: «Una vez allí ya estamos en el camino de Bruselas, y vale mas que vayamos allí quedando la Prusia neutral que exponernos al peligro de combatirla aliada con el Austria (4)». Este modo de ver prevaleció en Paris, y mientras Moustier hacia declarar á su embajador en Berlin que el emperador estaba todavía pronto á firmar el tratado de alianza del mes de agosto de 1866, se decidió á dar pasos en el Haya para inducir al rey de Holanda á vender el Luxemburgo.

Desde el mes de julio de 1866, la situacion del gran ducado habia sido causa de constante recelo para el gobierno holandés. Habia pensado hacer una alianza permanente con la confederacion del Norte, á fin de asegurar al Luxemburgo la entrada en la union aduanera, poniendo al mismo tiempo en la fortaleza una guarnicion mixta; pero esta proposicion no gustó en Berlin por temor de que su aceptacion agraviasse á la Francia. Por otro lado, el rey de Holanda y su ministerio estaban perfectamente enterados de los deseos anexionistas del gobierno francés por conducto de la reina Sofia, princesa de Wurtemberg y gran admiradora de Napoleon; pero hasta entonces no se habian expresado oficialmente estos deseos. Solo á mediados de febrero entabló Baudin, embajador de Francia en el Haya, este asunto, con lo cual dió motivo á una nota del ministro de Holanda Zuylen á su embajador en Paris, en la cual se quejó de la continuacion de la guarnicion prusiana, y manifestó temores de que la Prusia tuviese intencion de obligar á Holanda á una alianza estrecha por medio de la cual pudiera completar su política mercantil y militar y sobre todo naval. Moustier contestó en un despacho del 28 de febrero ofreciendo lograr la renuncia definitiva de la confederacion alemana del Norte al Luxemburgo y Limburgo, y al mismo tiempo la evacuacion de la antigua fortaleza federal por la guarnicion prusiana. Pero al mismo tiempo indicó la conveniencia de la incorporacion del gran ducado á la Francia como la mejor solucion, para la cual era indispensable el consentimiento del gran duque y de la poblacion, debiendo dejarse además las negociaciones con Berlin exclusivamente en manos del gobierno francés. En virtud de las instrucciones recibidas, propuso Baudin dos convenios, por uno de los cuales la Francia garantizaba la integridad de la Holanda contra pretensiones prusianas eventuales, y por el otro se aseguraba la adquisicion del Luxemburgo á la Francia (5). En el Haya se deseó ante todo saber positivamente la conformidad de la Prusia con semejante acuerdo, cuya conformidad el embajador francés naturalmente no pudo garantizar. Benedetti aseguró de nuevo á su gobierno, despues de una larga conferencia con

(3) Rothan, págs. 119 y siguientes.

(4) Rothan, pág. 138.

(5) Rothan, pág. 69.

Bismarck, que éste personalmente accedia, pero que no podia prometer el consentimiento del rey. Además tuvo que participar á Paris que el ministro prusiano no habia prometido que la Prusia no se opondría á la anexion francesa, sino que habia dicho que á pesar de su deseo de acceder á las pretensiones de Napoleon, tendria que defender el derecho de la Prusia en sentido del rey. Se enviaron comunicaciones confidenciales respecto de los planes franceses á los gobiernos de Inglaterra y Rusia, que al parecer no estaban dispuestos á hacer objeciones; pero Beust advirtió que el Luxemburgo era considerado en Alemania como territorio alemán y que seria muy fácil para Bismarck provocar una agitacion nacional contra la pérdida del gran ducado. Beust, al mismo tiempo, ofreció la mediacion del Austria en Berlin, pero Moustier no la aceptó, porque en su opinion la aprobacion de Alemania era segura al fin y al cabo.

Estando las cosas así pendientes, Thiers suscitó en el cuerpo legislativo un debate muy agitado sobre la política extranjera y en especial sobre la union de Alemania. Ollivier apoyó contra los ataques violentos de Thiers el reconocimiento de los hechos consumados; rechazó la idea de las fronteras naturales, ya que ni la Bélgica ni la provincia del Rhin tenían ganas de hacerse francesas, y hasta recomendó aceptar anticipadamente la inevitable union de los Estados de la Alemania del Sur con la confederacion del Norte, por ser ésta una obra que no iba dirigida contra la Francia. Rouher tambien justificó por su parte la política imperial de dejar hacer, y trató de demostrar que la situacion política de la Francia no se habia empeorado. Sin embargo, su discurso tuvo frases que dieron á conocer claramente el disgusto que causaba la posicion nueva de la Prusia, siendo particularmente notable la declaracion de que la Francia no se conformaria con pretensiones excesivas ni con una concupiscencia ilimitada, y que el día en que la Prusia pretendiera dominar en el Zuiderzee, la Francia y la Inglaterra emplearian un lenguaje que le haria comprender que no habia llegado todavía el tiempo de las usurpaciones. Esta violencia nada diplomática fué quizás consecuencia del disgusto que se sentía en las Tullerías por haber confirmado Bismarck ocho días antes, el 9 de marzo, en una conversacion con Benedetti, las voces que corrian de las alianzas ofensivas y defensivas con los Estados de la Alemania del Sur. Estas noticias, pocos días despues de los debates de la cámara francesa, fueron además corroboradas en el parlamento alemán, primero en términos indirectos y luego en términos claros, hasta que el 19 de marzo el periódico oficial alemán publicó el texto de los tales convenios.

La publicacion fué un golpe tanto mas duro para el gobierno francés, cuanto que Bismarck la comunicó al parlamento en un debate en que se trataba de la posicion futura del Luxemburgo y de Limburgo, en cuya ocasion el ministro prusiano declaró que por su parte nunca habia renunciado á que los dos citados países formaran parte de Alemania, y que habria defendido esta situacion como un principio de derecho.

Entonces se aumentó en Paris la impaciencia por llegar á un arreglo definitivo con el rey de Holanda, y Baudin fué encargado de dar un avance en este sentido en la misma noche del 19 de marzo. El embajador francés aseguró, pues, al rey de Holanda repetidas veces que no habia que temer de ninguna manera una objecion del gabinete de Berlin; prometió que la anexion seria ratificada por un plebiscito que se efectuaría en el Luxemburgo, y que además seria un punto de honor para la Francia fijar la indemnizacion para el rey de modo que éste quedara contento. Al fin consiguió Baudin que el rey accediera á medias diciendo: «Pues bien;

yo no digo que no (1)», dando además la promesa de tener el asunto secreto. Moustier, al recibir esta noticia por telégrafo, autorizó al embajador á ofrecer cuatro ó cinco millones de francos y firmar los dos tratados, diciéndole al mismo tiempo que el gobierno francés estaba muy conforme en que se enterara á la Prusia de este asunto, pero que deseaba encargarse él mismo de comunicárselo; que á pesar de su deseo muy natural, no podia consentir que lo hiciera el rey gran-duque, y que en general era indispensable el silencio de todas las personas iniciadas en el asunto.

Cuando este despacho, fechado en 21 de marzo, llegó al Haya, habia comprendido ya el rey gran-duque por las revelaciones del periódico oficial alemán que no debia de existir la mayor armonía entre la Francia y la Prusia, por cuyo motivo propuso al embajador francés encargar de la cesion á las potencias firmantes del tratado de 1839. Con esto de ningun modo se conformó Baudin, el cual excitó á Moustier á procurar con urgencia de un modo cualquiera el asentimiento de la Prusia. Cuando Benedetti recibió el correspondiente encargo, fracasaron completamente todos sus esfuerzos. Bismarck le declaró que no solamente tenia que contar con el rey, sino tambien con el parlamento y con la opinion pública, por cuyo motivo no podia autorizar á nadie para declarar que la Prusia habia consentido en la incorporacion del Luxemburgo á la Francia. Todas las tentativas de Benedetti para encontrar una salida fueron infructuosas (2). La proposicion del rey de Holanda de dirigirse personalmente al rey Guillermo no fué aprobada por Bismarck cuando Benedetti pidió sobre esto su consejo; pues el ministro prusiano le dijo que su soberano nunca se encargaria de la responsabilidad de la cesion, y que por este motivo este paso era peligroso. No obstante, el rey gran-duque, que estaba muy agitado, suplicó al conde Perponcher, embajador de Prusia en su corte, el 26 de marzo, que pasara á verle para enterarle de lo que ocurría y enterar de ello á su soberano. La respuesta que recibió el rey de Holanda fué que la Prusia le dejaria la responsabilidad de sus actos y que no podia dar su opinion sin saber previamente cómo considerarían el asunto sus aliados, las potencias firmantes de los tratados de 1839, y la opinion pública de Alemania. Al embajador francés dijo Bismarck por la noche del 27 que la Prusia en todo caso debia pedir de la Francia en cambio algunos servicios, como por ejemplo la renuncia al tratado de comercio con Mecklemburgo, que impedia la entrada de este país en la union aduanera, ó bien la demolicion de las fortificaciones de Luxemburgo.

No habiendo nadie protestado decididamente contra la anexion, el rey de Holanda creyó que podria ceder á las instancias francesas y autorizó á su hijo, el príncipe de Orange, á telegrafiar al emperador que él consentía en la cesion. En su consecuencia, Baudin, que habia sido llamado por telégrafo á Paris, partió otra vez el 23 de marzo para el Haya con poderes para terminar el asunto, y Moustier escribió á Benedetti: «Hemos llegado al punto decisivo; tome usted todas las precauciones. El emperador considera la cosa como concluida. Volver atrás es imposible.»

El mismo día 31 de marzo se reunieron en Berlin los jefes de casi todos los partidos, movidos, segun se decia, por rumores de periódicos relativos á este asunto, para dirigir al día siguiente una interpelacion á Bismarck, á fin de saber si el gobierno prusiano tenia noticia de las negociaciones entre la Francia y la Holanda. Debía preguntársele tambien si estaba decidido á asegurar contra todos los ataques la

(1) Rothan, pág. 191.

(2) Rothan, pág. 202.